

SÁBADO 2 DE FEBRERO DE 2019

EL PAÍS**MADRID:** Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid. 91 337 82 00.**BARCELONA:** Caspe, 6, 3ª planta. 08010 Barcelona. 93 401 05 00.**PUBLICIDAD:** Prisa Brand Solutions, S.L. Valentín Beato, 44, 3ª planta.

28037 Madrid. 91 701 26 00; www.prisabs.com; elpaismadrid@prisabs.com

ATENCIÓN AL SUSCRIPTOR Y PROMOCIONES: 902 11 91 11. Depósito legal: M-14951-1976. © Ediciones EL PAÍS, S.L. Madrid, 2019.

"Todos los derechos reservados. En virtud de lo dispuesto en los artículos 8 y 32.1, párrafo segundo, de la Ley de Propiedad Intelectual, quedan expresamente prohibidas la reproducción, la distribución y la comunicación pública, incluida su modalidad de puesta a disposición, de la totalidad o parte de los contenidos

de esta publicación, con fines comerciales en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, sin la autorización de Ediciones EL PAÍS, S.L."

PORTUGAL: Cont: 2,30 euros (domingo: 3,30 euros)

Paz, a la izquierda, y Marian, con sus alumnos del Colegio Público Nuestra Señora de la Paloma de Madrid. / CRISTÓBAL MANUEL

LA VIDA POR AQUÍ | JUAN CRUZ

“Eres una payasa, una bruja, un hada”

En esta sala de máquinas de la vida hay unos locos bajitos, sentados en sillas de treinta centímetros de alto a los que maestras entusiastas del ingenio educan para vivir. Uno de esos chicos le dijo hace 10 años a Paz Martín Mediero, maestra de primaria en el Colegio Público Nuestra Señora de la Paloma, de La Latina, en Madrid: —“Eres una payasa, una bruja y una hada”.

El chico se llamaba Pablo y ahora debe andar por los 16. Entonces se sentaba en esas butacas enanas sobre las que ellas se inclinaban, cada día, “para hacer tontadas, para negarles sus deseos o para otorgárselos”. Por eso Pablo le dijo a Paz que era, sucesivamente, “una payasa, una bruja y”, como él decía, “una hada”.

Los chicos ya se fueron, son las cinco de la tarde y ellas recogen ilusiones y lápices. Marian Hernández Tamayo se va a jubilar (“¡ya tengo sesenta años, y el cuerpo se cansa!”), Paz seguirá en estas aulas y Belén Domín-

El repleto día a día de unas maestras vocacionales en un colegio público de primaria del centro de Madrid

guez, la directora, dice: “¡La gente cree que todo el mundo sirve para ser maestro!”.

“Nuestra vida es con los niños, la comida es con los niños, y las payasadas son para los niños”. Son “las mamás del colegio”; eso las hace competir con las otras mamás, que no siempre entienden que las educadoras son las maestras.

Ya no se puede decir que pasan hambre los maestros de escuela, ellas tampoco. Eso fue, di-

cen el historiador Santos Juliá y el maestro Juan Francisco Cerezo, en el siglo XIX, cuando tenían que vivir de la caridad o de la Iglesia. Cerezo tiene en Segovia un museo que ilustra esa historia. Ahora España tiene los salarios del maestro por encima de la media europea. Los que ganan más son los alemanes, los suizos y los luxemburgueses. “Ahora los maestros y los médicos están en lo alto de la confianza de la sociedad. Pero no invierte en medios necesarios para mejorar su formación”.

Cristian García, 24 años, premio Nacional por su Examen de Grado, estudió Magisterio en Ávila y Salamanca. No sabe ni el sueldo que cobrará. “Preferiría saber que la sociedad deja de pensar que el maestro únicamente pinta y colorea” y que deje de ser fácil entrar en la carrera. Justo Bolekia, reputado pedagogo guineano al que aquí quiere todo el mundo y que dejó su tierra por la persecución de Obiang, añora la Educación para la Ciudadanía: “El maes-

tro se enfrenta al sistema político, a los medios de comunicación, a las películas que los chicos ven en casa. Esos chavales están torpedeados por siete u ocho lados”. “Es muy difícil educar cuando, fuera de clase, los chicos están educados para mirar al maestro como si no fuera nadie...”.

Emilio Lledó, maestro de generaciones, que ama a su primer maestro como Albert Camus quiso al suyo, define lo que hacen estas hadas, brujas y payasos: “Igual que se cultiva la tierra el maestro cultiva las mentes. Lo que hace es impedir que caigan en esas mentes semillas estériles que no den ni libertad ni posibilidad”.

A las cinco de la tarde un grupo de padres esperan a sus hijos ante el coelgio de La Latina. El sonido es el de una máquina humana al que dan sentido y futuro los gritos de júbilo de estos locos bajitos que se despiden hasta mañana de las hadas, las brujas y las payasas.

Fernando Savater

Lager

Arturo Pérez-Reverte se ha quejado, con bastante razón, de la sobreabundancia de relatos con Auschwitz en el título para enganchar al impresionable lector. Yo tengo claro que cualquier lista de las 10 mejores piezas literarias del siglo XX no puede excluir *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. Pero supongo que el ínfimo nivel de las narraciones sobre Auschwitz lo ocupan quienes han ido un solo día, como yo, y no renuncian a contar sus impresiones sobre el lugar. ¿Qué podemos decir que no haya sido expresado ya con más autoridad y experiencia? Sin embargo, ¿cómo callar ante el reto de esta devastación íntima, tan imposible como no emitir una queja o una dolorida protesta, por tópica que sea, al sufrir una quemadura o un desgarramiento mutilador? Esos textos inevitables suelen empezar así: “El día que llegué a Auschwitz...”.

No era peor de lo que me esperaba, como me avisaban los agoreros, ni desde luego mejor sino real. Todo estaba allí, con la mansedumbre terca y finalmente agresiva de las cosas, que no se desvanecen como los relatos, las películas, los fantasmas. Las cosas absurdas pero implacables: toneladas de pelo cortado que llenan un almacén, montañas de zapatos precedidos por varios pares infantiles como ratoncitos curiosos, y miles de cepillos, maletas, latas de betún... Restos humanos de la inhumanidad, lo desechado. Bandadas de adolescentes gorjean por las salas del horror, divertidos sin poder remediarlo, benditos sean. Sus maestros intentan explicarles... ¿qué? Lo cuenta Primo Levi: en la escudilla en que les servían su mísera sopa, unos raspaban su número, otros su nombre, y un francés grabó: “*Ne pas chercher à comprendre*”. No intentar comprender lo incomprensible: la última protesta de la razón humanista que defiende su cordura negándose a “dialogar” con el exterminio.

¿Y tú qué piensas?

EL PAÍS